

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2021



Cuatro mujeres valiosas

PRESENTACIÓN

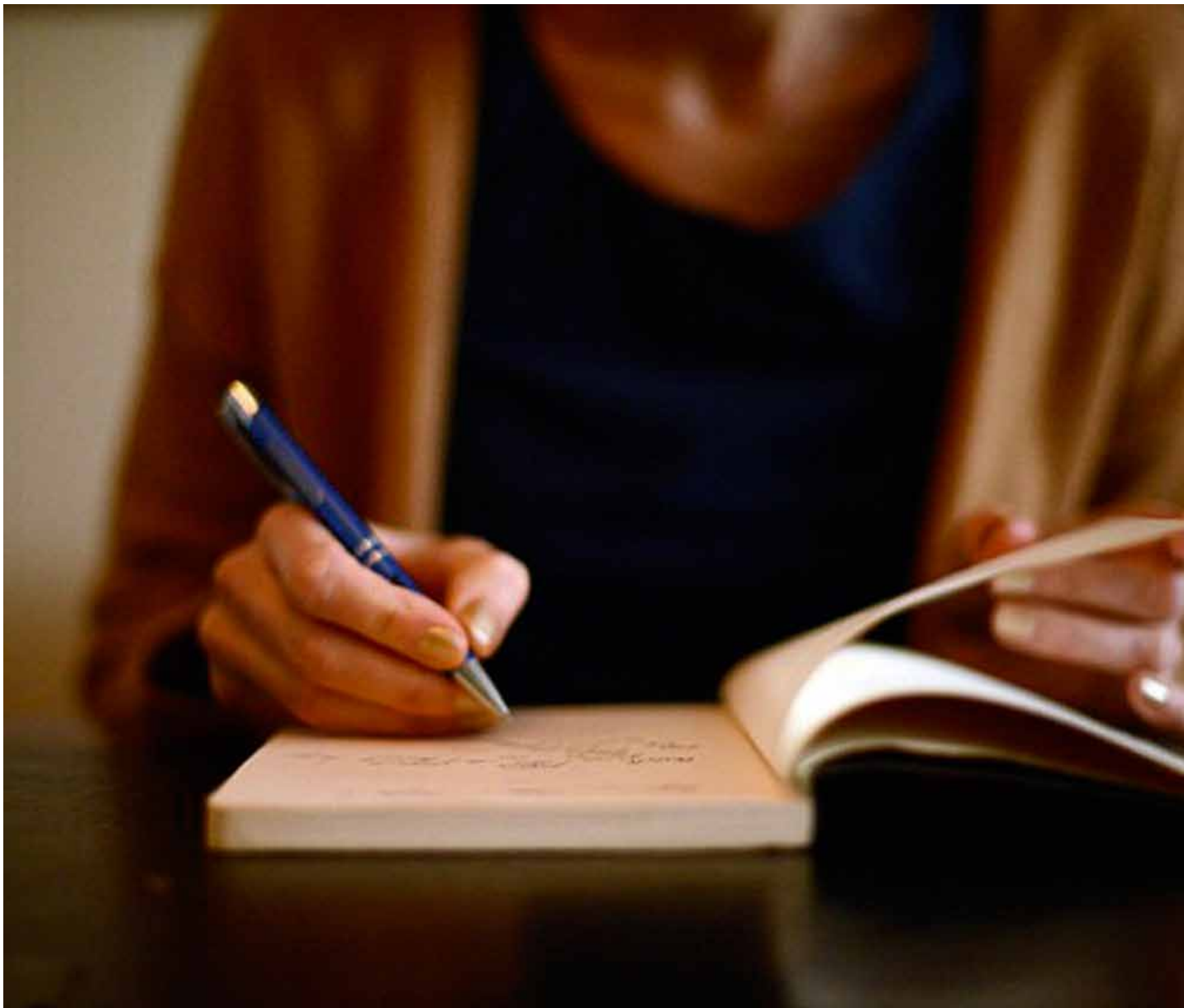
Las colaboraciones recientes de Max Araujo constituyen la memoria del gestor cultural que evoca acontecimientos en los que reconoce el valor de las personalidades a quien se refiere. En este caso, sin duda por un acto de justicia, subraya el mérito de “cuatro mujeres valiosas”, según él mismo titula, Odette Arzú Castillo, Isabel Gutierrez de Bosch, Siang Aguado de Seidner e Irina Darlee.

Nuestro escritor se ha dado a la tarea de regalarnos un testamento en textos consignados como “De mis memorias”. En ellos, Araujo recuerda los años en los que trató con intelectuales y activistas que influyeron en la cultura guatemalteca operando en la mayoría de los casos desde el silencio que no busca protagonismos. De aquí que su escritura enaltezca a esos actores a veces invisibilizados por el tiempo.

El artículo de Max concluye con las siguientes palabras:

“Con la muerte de esas extraordinarias mujeres, cercanas también a España, Guatemala perdió a cuatro seres humanos que irradiaron luz, generosidad y solidaridad. Para mí fue un privilegio el haber compartido con ellas en diversas oportunidades”.

Le invitamos a leer nuestra edición en las que encontrará contenido variado preparado para su “aggiornamento” intelectual. Le pedimos que nos escriba para conocer su opinión sobre los distintos temas con la finalidad de acercarnos a su preferencia. Comente los contenidos desde la página web o escribanos a la dirección ejblandon@lahora.com.gt. Será un gusto saber de usted. Hasta la próxima.



CUATRO MUJERES VALIOSAS

MAX ARAUJO
Escritor

En el año 2020 fallecieron tres mujeres, y en el 2008 una, a quienes recuerdo en este ejercicio de memoria. Tuve el privilegio de conocerlas personalmente. La primera, doña Odette Arzú Castillo. Ella fue madre de dos mujeres escritoras: Marta Casaus, reconocida por sus investigaciones sobre Guatemala, y Maria Odette Canivell, destacada novelista. La primera reside habitualmente en España y la segunda es catedrática en una universidad de los Estados Unidos.

A doña Odette muchos guatemaltecos la recuerdan como la ejecutiva de la Cruz Rojas que pidió a gritos, en el sitio del hecho, que permitieran apagar el fuego del trágico incendio en la quema de la embajada española, en Guatemala, en 1980. Conversar con ella era aprender. Su hogar, en el último nivel, en un edificio ubicado en la zona catorce de la ciudad de Guatemala, era un hermoso museo.

Nuestra amistad se inició porque su

hija Maria Odette me la presentó. Ella, la madre, me solicitó en dos ocasiones -en fechas distintas- que fuera el comentarista-presentador de dos de los tres tomos de sus memorias, una monumental obra bien escrita y lograda cuyo título es “Saudades”. En los textos se narran su niñez en España -ella nació en Guatemala, descendiente de familias guatemaltecas-, hechos de la familia Castillo, propietarios de empresas ligadas a la cervecería nacional, sus ascendientes y orígenes, sus

amistades, familias, parentescos, sus tres matrimonios y sus experiencias de vida, (muchas fascinantes e increíbles). Valiente, generosa y audaz. Esas memorias validan, sin pretenderlo, las teorías expuestas en los libros de su hija Marta.

Uno de los aspectos importantes de la vida de doña Odette fue su gran trabajo social, su apoyo a personas y entidades. Fue pionera en muchos campos en cuanto al desarrollo de los derechos de la mujer.

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

La segunda dama a la que me referiré es doña Isabel Gutierrez de Bosch, a quien conocí a inicios de los años ochenta cuando tuve el honor compartir con ella, como miembros de la Junta Directiva de Aldeas Infantiles SOS. Recuerdo su amabilidad, su bondad y su compromiso con Guatemala que la llevó años después a dirigir la Fundación Juan Bautista Gutierrez, -el nombre de su padre, de origen español, afincado en San Cristóbal Totonicapán-, que otorga becas para estudios universitarios, y al desarrollo de numerosos proyectos de desarrollo integral para personas que viven en condiciones difíciles.

Seguí su valiosa trayectoria en temas de proyección social en los medios de comunicación y me enteré un poco de su vida en el libro “Memorial de Cocinas y Batallas”, de Francisco Perez de Antón, en el que narra los orígenes de Pollo Campero y asuntos de la familia Gutierrez.

Doña Isa se quedó viuda, con sus hijos aún adolescentes, cuando su esposo, Alfonso Bosch, falleció en un lamentablemente accidente aéreo, junto a Dionisio Gutierrez, uno de sus hermanos, cuando llevaban ayuda a Honduras por los daños causados por un huracán.

La tercera mujer de la que escribo en este texto es Siang Aguado de Seidner, quien ocupa un lugar destacado en la historia de la cultura guatemalteca.

Integramos con ella y con otros queridos amigos, Tasso Hadjidodou, Eugenio Bruni, Luis Batres, Delia Quiñónez, Juan Fernando Cifuentes y Jesús Chico, la Junta Directiva de la Fundación Guatemalteca para las Letras, entidad con la que organizamos el Premio Guatemalteco de Novela. La conocí cuando fue presidenta de la Alianza Francesa de Guatemala. Años después fuimos parte del Comité Organizador del Certamen de Cuentos Carlos. F. Novella y de la Junta Directiva del Instituto Guatemalteco de Cultura Hispánica.

Siang tuvo una reconocida trayectoria en el campo intelectual que se inició en la Universidad de San Carlos, en la que obtuvo su licenciatura en Historia. Perteneció a muchas entidades culturales y sociales. En la Universidad Francisco Marroquín coordinó diversos programas en cultura y educación. Muchas veces compartimos en su casa. Fue extraordinaria anfitriona, amable, educada y generosa. Una dama gentil en todos los aspectos. Hizo de Guatemala su patria. Nació en Francia. Llegó siendo niña a nuestro país con sus padres. Heredó de ellos su forma de ser y de actuar. Su papá, don Salvador Aguado, español exilado, fue destacado profesor de literatura en las universidades San Carlos y Francisco Marroquín. Fue también un reconocido crítico de literatura. Formador de muchas generaciones de profesionales.

El cuarto personaje de este recuento es Irina Darlee, de origen alemán, quien vino a Guatemala en 1972, acompañada de sus dos padres. Murió en el 2008. Hablar de Irina es hablar de una narradora impresionante, en lo oral y como cronista. Fue una de mis profesoras de literatura en la Universidad Rafael Landívar. Tenía un humor

extraordinario y gracioso que acompañaba con las palabras precisas para contar cualquier hecho. De joven vivió en España, en donde cultivó amistad con Salvador Dalí, Ana María Matute y Luis Rosales, entre otros personajes de ese reino.

El final de la Segunda Guerra Mundial hizo que emigrara a El Salvador, en donde su padre se encargó de una sucursal de una empresa española. Con sonrisa contaba cómo fue el viaje en avión de la época, con escalas en Cuba y Guatemala. No les gustó nada el calor de la isla caribeña, pero sí Guatemala, que les recordó España, por eso cada vez que podían, en accidentados viajes por tierra, visitaban nuestro país, especialmente a La Antigua. En esta ciudad se hospedaban en el desaparecido hotel Posada Belén, hasta que se trasladaron a vivir a la ciudad de Guatemala, en dos casas que convirtieron en una, en la colonia El Sauce de la zona dos. El patio de la misma daba a un barranco con muchos árboles, con una vista hacia las montañas del occidente, que rodean el valle de la ciudad. Fue el lugar ideal para la vejez de sus padres. Él era alemán, ella rusa.

De nuestra amistad con Irina recuerdo las tardes de algunos sábados, en la década de los noventa del siglo pasado, cuando nos reuníamos a conversar con ella, en su casa, con los poetas Amable Sanchez Torres y Luis Alfredo Arango, así como con el escritor, columnista de prensa y creador de la Asociación Módulos de Esperanza, el sacerdote Ramón Adán Stürtze, conocido también como Victor Pabsch. ¡Cuánto aprendí en esas tertulias!

En muchas ocasiones nos contó de su cercanía con el dramaturgo Manuel Galich, con políticos e intelectuales de El Salvador y Guatemala, aunque fue una soltera empedernida. Rechazó, decía ella, muchos ofrecimientos de noviazgo y de matrimonio.

Recuerdo también los apoyos que nos dio para la presentación de libros publicados por Rin 78 en la sede de la zona 1 de la Asociación Alejandro Von Humboldt, en donde era la encargada. Entidad propietaria del Colegio Alemán de Guatemala y del Club Alemán, a la que ingresé en 1978 por su padrinazgo y el del filósofo e intelectual Roberto Palomo Silva, exembajador de Guatemala en distintos lugares y esposo de Maria Odette Canivell.

Eran celebres sus encuentros personales en algunas recepciones sociales con Tasso Hadjidodou, ya que muchos graciously les decían que eran la pareja ideal, hecho que tomaron con mucho humor, ya que los dos eran ingeniosos para hablar uno del otro.

Irina dejó a su muerte varios libros, escritos por ella, crónicas y novelas, así como cientos de columnas de prensa. Se dice que sus bienes inmuebles y muebles, entre estos sus colecciones de pintura, retablos, porcelanas, etc., se perdieron a su muerte. Nadie sabe que fue de ellos, quién los tiene y cómo los tiene.

Con la muerte de esas extraordinarias mujeres, cercanas también a España, Guatemala perdió a cuatro seres humanos que irradiaron luz, generosidad y solidaridad. Para mí fue un privilegio el haber compartido con ellas en diversas oportunidades.



Odette Arzú Castillo



Siang Aguado de Seidner.



Isabel Gutierrez de Bosch.



Irina Darlee.

EPISTOLARIO

CARTA DE JON SOBRINO A IGNACIO ELLACURÍA

EL PADRE ARRUIPE: UN EMPUJÓN DE HUMANIZACIÓN

Querido Ellacu:

Varias cosas han ocurrido este año, que me recuerdan cuando ustedes estaban aquí. Te hablaré de dos de ellas, que ayudarán en estos días de aniversario.

En 1979 fue Puebla y este año ha sido **Aparecida**. Resultó mejor de lo que se esperaba, y no cerró puertas. Queda por ver si nosotros pasamos de largo, sin entrar en el edificio, o si, con lucidez y compromiso, las abrimos de par en par. Buena falta hará para sacar adelante a esta nuestra Iglesia, en medio de la civilización de la riqueza imperante que ahoga el espíritu.

El tema elegido fue bueno: ser seguidores de Jesús con la misión de anunciar al Dios bueno y transformar este mundo injusto y mentiroso en un mundo de justicia y verdad. Es la segunda semana de los Ejercicios de san Ignacio, de la que tanto nos hablaste. Y aunque siempre asustan los costos, el seguimiento y trabajar por el reino de Dios siempre generan ilusión, que no abunda.

El manoseo final del documento fue una verdadera lástima. En alguna curia, sin el conocimiento de los obispos que lo aprobaron, se retocó el texto, sobre todo cuando habla de las comunidades de base. Bien decías tú que lo más importante de éstas es que son de base. Pero, por esa misma razón, son también lo más conflictivo. Se ve que todavía no sabemos qué hacer con la base, cuando los pobres se juntan para vivir, trabajar y creer, para liberarse y liberar. La democracia no es el fuerte de la Iglesia, se dirá. Pero nos debíamos esmerar en la transparencia del evangelio y en la humildad para reconocer errores.

Y tampoco apareció en el documento, debidamente historizada, en lo que tú insistías, la tercera semana de los Ejercicios, la pasión y muerte de Jesús. El conflicto objetivo con los poderosos, no una abstracta disponibilidad, es lo que le llevó a la cruz. Ignorarlo tiene graves consecuencias, pues permite pensar que hoy podemos llevar a cabo la misión sin graves conflictos. Vuelve a aparecer cuán difícil es tomar a Jesús en serio. Pienso que lo más difícil de aceptar de Jesucristo es Jesús, de éste su vida terrena, y de ésta su cruz a manos de poderosos. Y si no recuerdo mal, ya en 1978 criticaste la cristología del documento de consulta de Puebla. Ofrecía una lectura “gravemente defectuosa y pobre” de Jesús de Nazaret.

Y con la cruz de Jesús, desaparece también la centralidad de los mártires de nuestro tiempo que murieron como él. Aparecida



Jon Sobrino.

pasa ante ellos de puntillas, y no se vuelca hacia ellos con gratitud y con el compromiso de seguir sus huellas. Da la impresión de que en la Iglesia tampoco sabemos qué hacer con ellos. Un ejemplo. Se han escrito muchos folios sobre Monseñor, su ortodoxia y su ortopraxis. Se discute si es confesor o mártir y -si es mártir- si lo fue *in odium fidei* o *in odium iustitiae*... Y cuando parece que Monseñor ha pasado todas las pruebas, en las altas esferas se dice que no es el momento oportuno para canonizar a Monseñor, pues puede ser manipulado. En éstas estamos, Ellacu. Qué hacer con los mártires no es cosa de poca monta. Creo que es *articulus stantis vel cadentis Ecclesiae*. Ojalá ustedes, los mártires, entren por las puertas que Aparecida ha dejado abiertas para muchas cosas buenas. Y nos oxigenen.

En este contexto paso a hablarte, Ellacu, de lo que me animó a escribirte este año: el **Padre Arrupe**. La ocasión es clara: el 14 de noviembre cumpliría cien años. Pero hay otra razón más profunda y tiene que ver con ustedes los mártires. Acaban de publicar sobre él un libro de más de mil páginas, y al final los editores nos sorprenden con algo inesperado, pero muy lúcido: un apéndice de los jesuitas asesinados por “la lucha de la fe y la justicia” desde el generalato del Padre Arrupe. Entotal, 49 jesuitas en el tercer mundo. Por supuesto aparecen ustedes, los mártires de la UCA, con el Padre Carlos

Pérez Alonso -del cual poco solemos hablar-, jesuita “desaparecido” en Guatemala en 1981 por los tenebrosos militares de aquel país. Y el Padre Rutilio Grande. Y antes de los nombres, estas palabras del Padre Arrupe.

“Éstos son los jesuitas que necesita hoy el mundo y la Iglesia. Hombres movidos por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de raza o de clase. Hombres que sepan identificarse con los que sufren y vivir con ellos hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender los derechos humanos hasta el sacrificio de la vida, si fuera necesario”.

Son palabras que escribió siete días después del martirio del Padre Grande. El Padre Arrupe sí supo, pues, qué hacer con los mártires. Sin rutina, con agradecimiento, con gozo. En esos mártires vio la gloria de la Compañía. En ellos, y en tantos otros como ellos, sintió la presencia de Dios en nuestro mundo.

Este 14 de noviembre muchos recordarán, con admiración y con cariño, a este hombre universal, vasco universal, dirán en su natal Bilbao. Y no tengo ninguna duda de ello. Pero antes que hombre universal fue hombre de raíces. Durante su generalato, que es cuando mejor le conocimos, dos fueron esas raíces: Dios y los pobres. Algo parecido dijiste de Monseñor Romero. Basaba su esperanza sobre dos pilares: “Dios y el pueblo salvadoreño”. Y don Pedro Casaldáliga acaba

de decir, en lenguaje provocativo, que “todo es absoluto menos Dios y el hambre”.

Ya hablaremos de esa raíz última que fue Dios. Pero empezamos por los pobres. Tú escribiste que, en definitiva, fue en la periferia, en Japón durante 27 años, y en sus correrías por el mundo para visitar a los jesuitas, donde se encontró con la universalidad más verdadera: la de la pobreza, y la que reclama la reacción más profunda: la compasión. De hecho, su primer viaje después de ser elegido general fue a la India y al África. Es importante recalcarlo, no como ironía, sino como realidad fundamental que en Roma, pero no desde Roma, en un mundo en que se mueve el poder, pero no desde el poder que se mueve en ese mundo, vio la realidad más real: un mundo sufriente. La luz para ver y la savia para llevar fruto venían de la periferia -como lo dices en un breve artículo, que dejaste anónimo. La periferia se convirtió en su mundo, el mundo de los 49 jesuitas que he recordado.

Desde esa parcialidad impulsó pioneramente la inculturación, comprensible por sus años en Japón. Allí entendió que un jesuita no puede des-culturar, y así des-humanizar, trabajar para que la periferia se parezca al centro, sino que debe inculturar el evangelio, y estar abierto a dejarse evangelizar por lo bueno “del otro”.

A nosotros en Centroamérica, y a ti muy especialmente, con César Jerez, te tocó

enfrentarte con otra forma de periferia: la pobreza y la miseria, fruto de la injusticia. Y también, muy pronto le tocó hacerlo a Arrupe. Y arremetió con la tarea en la CG 32. La conveniencia de convocar la congregación fue controvertida, aun entre los que le apoyaban, pues parecía que no se daban las mejores condiciones. Dicen los historiadores que, dadas las tensiones con el Vaticano, la congregación de procuradores se había mostrado contraria a la convocatoria, 91 votos en contra y 9 a favor. Pero pocos días después, el 25 de octubre, el Padre Arrupe, con una carta abierta a toda la Compañía, además de comunicar el resultado de la votación, anunciaba, como decisión suya propia, que convocaba la Congregación General 32. Y añadió que era “la decisión más importante de todo su generalato”. A mi modo de ver, no le faltaba razón. Fue para él el modo de hacer central la periferia.

Bajo su guía y aliento la congregación se hizo la pregunta más radical que los jesuitas se habían hecho en mucho tiempo: “qué significa hoy ser compañero de Jesús”. Y la respuesta fue inaudita: “comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige”. La Compañía puso manos a la obra, con diversos ritmos, y con mayor o menor intensidad, pero echó a andar por un camino nuevo. Para Arrupe fue causa de alegría ver nacer una Compañía más parecida a Jesús de Nazaret. Fue también fuente de disgustos dentro de la Compañía y de conflictos fuera de ella, con los poderes de este mundo y del Vaticano. Nunca claudicó.

Se puede discutir sobre cuál fue el aporte específico de Arrupe a la “fe y justicia”. Sus documentos y cartas fueron iluminadoras. Pero lo importante es la raíz de donde crecía todo: escuchar el clamor de los oprimidos y reaccionar con toda su persona -y su ilusión era reaccionar con todo el peso de la universal Compañía. Pocos, con la excepción de los obispos lascasianos, lo habían hecho antes, con radicalidad, en la Iglesia y en la Compañía. Por ello, siendo importantes sus directrices de gobierno, estoy de acuerdo contigo, Ellacu, en que su aporte más específico fue mover a la Compañía yendo él delante, que eso es ser líder, contagiar convicción, compromiso y esperanza, aceptando conflictos y no rehuendo riesgos. Y todo ello, con libertad creadora, no como quien sigue, a regañadientes, una doctrina ya constituida, ley en definitiva, sino como quien se deja llevar por la fuerza del Espíritu de Dios, y siempre “puestos los ojos fijos en Jesús”, como dice la Carta a los Hebreos. Arrupe vino a decir: “no separemos lo que Dios ha unido desde el principio y lo que la Iglesia y la Compañía habíamos separado a lo largo de la historia: la fe y la justicia”. En ello le fue la salud y el tiempo, y en definitiva la vida.

En los primeros años de su generalato, en la provincia centroamericana eso lo vivimos en tensión con Roma. Y tú, Ellacu, recuerdas muy bien las crisis. Aun antes de la CG 32, en El Salvador los jesuitas habían intentado

el camino de “la fe y la justicia”. Se respiraba ilusión y ganas de trabajar. Y surgieron conflictos antes

impensables. En el seminario no cayeron bien “las novedades de Medellín”, y dejamos su dirección. En el Externado nos demandaron judicialmente por “enseñar marxismo” y por “poner a los hijos en contra de sus padres”. En Aguilares, Rutilio Grande denunciaba a los opresores, “hermanos caínes” los llamaba, y defendía a los campesinos -en 1977 lo asesinaron, y a sus compañeros jesuitas los apresaron y echaron del país. La UCA denunció el fraude electoral del 72, la opresión de la oligarquía y del ejército, y la estructura injusta del país. En 1976 explotó la primera de veinticinco bombas en el campus. Todo ello era la “fe y justicia”.

En la tarea los jesuitas pusieron ánimo y lucidez evangélica, pero con limitaciones, exageraciones y errores, como bien recuerdas. Pero ante la novedad de lo que sucedía en la provincia, en Roma, al principio no bien informado y pienso que no bien asesorado, Arrupe quiso frenar la nueva dirección que tomaban los jesuitas. Aunque pienso que con honradez fundamental de parte y parte, las relaciones fueron tensas. Después se dio un cambio extraordinario, como bien lo cuentas tú, sin ocultar logros ni conflictos en tu artículo “Pedro Arrupe, renovador de la vida religiosa”.

En 1976 Arrupe y los jesuitas centroamericanos nos dimos un abrazo gozoso. Y también insistes en ello, tú, que no eras nada dado a lo melifluo. Por coincidencia, estaba yo en la curia de Roma, y me contaron que Arrupe, en una carta que tenía que escribir a los jesuitas centroamericanos, quería “pedir perdón” por los años de conflictos. Sus consejeros le disuadieron, pero, si no en el lenguaje, el Padre Arrupe mantuvo el mensaje. Sentía mucho que “mis limitaciones” hayan colaborado a los “malos

entendidos”. Y no pudo ocultar el gozo de la reconciliación.

Recuerdo, Ellacu, que a ti también te produzco gran gozo. Reconocías las exageraciones y algunos errores en aquellos años setenta, pero también los pasos para mejorar y cambiar. Aquella carta del Padre Arrupe de 1976 está ahora escondida en los archivos de alguna curia, pero sigue siendo un testimonio excepcional de la firmeza, la honradez, la fraternidad y la humildad del Padre Arrupe. Por eso lo recuerdo ahora, treinta años después. De personas así seguimos viviendo. Y con la esperanza de que algo se nos haya contagiado.

Las cosas siguieron su curso. En 1977 en Aguilares fue asesinado el Padre Rutilio Grande. En el mes de junio los jesuitas fuimos amenazados de muerte, y las calles se llenaron de octavillas: “Haga patria, mate un cura”. Y el Padre Arrupe se acercó para siempre a los jesuitas y al pueblo salvadoreño. Las amenazas no le asustaron. “No salgan. Sigan en sus puestos”, vino a decir. Él mismo quiso venir a visitarnos, pero los asistentes no se lo permitieron por los riesgos que eso suponía. Y por lo que conozco, siempre actuó así en todo el tercer mundo. “No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que paguemos un precio”, dijeron los jesuitas en la CG 32. La persecución no le arredró en absoluto. Y pienso que ver a una Compañía, mezclada con los pobres del mundo, que ahora tenía mártires por la justicia, que se parecían un poco más a Jesús, le llenó de inmensa alegría. Así vi y así pintas tú, Ellacu, al Padre Arrupe. Con gente así avanzamos en humanización. Pero todavía hay que decir otra cosa del Padre Arrupe, la más profunda: Dios.

Por lo que toca a justicia, la plenitud de Dios otorgaba aliento a la lucha, al enfrentarse con una pléyade de realidades, problemas, incógnitas, riesgos, conflictos, y también esperanzas, utopías, alegrías... Para

mantenerse fieles en esa lucha por la justicia ayuda, valga la simpleza, mantenerse fieles al misterio de Dios.

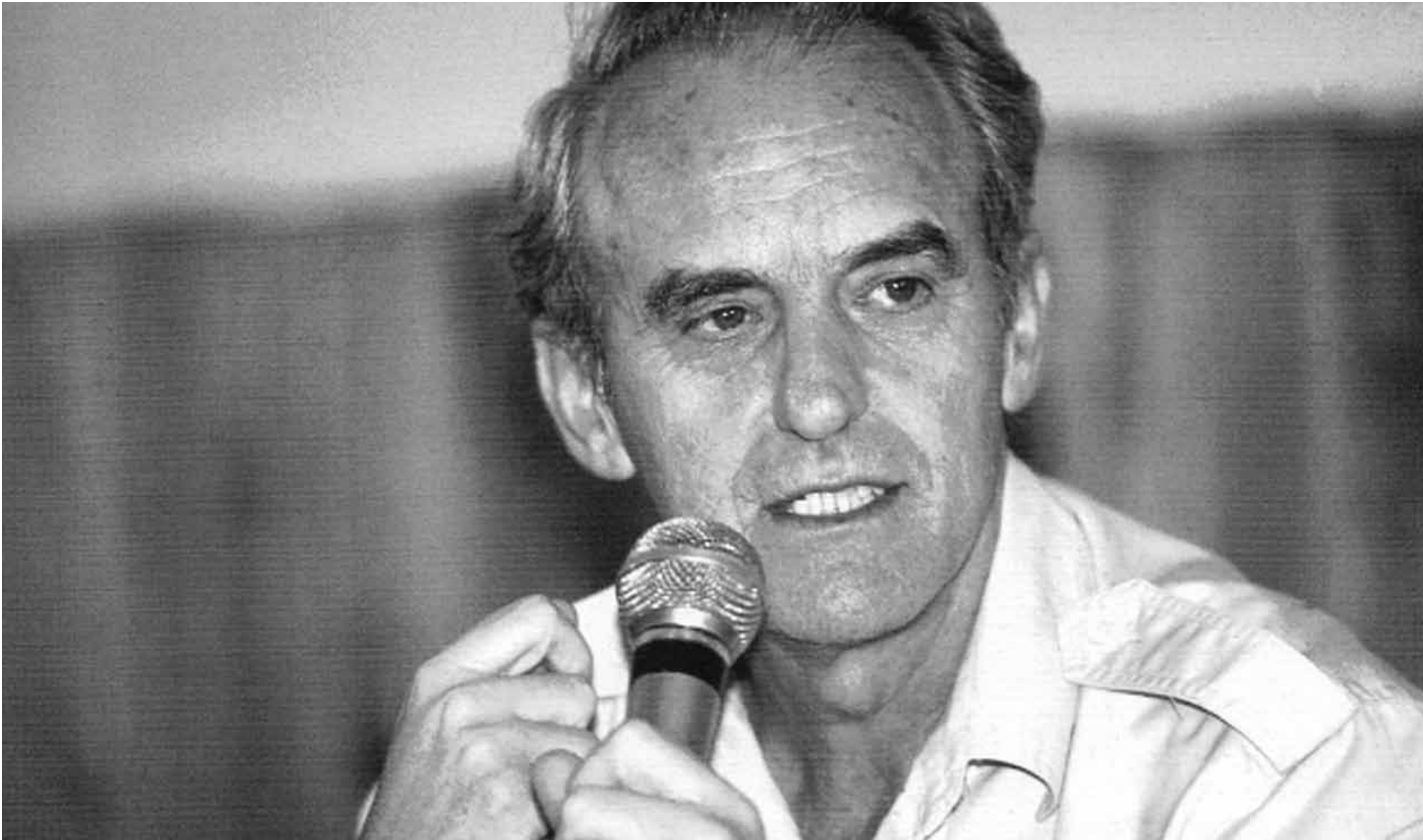
Para el Padre Arrupe nada nos puede separar de Él y, por ello, nada nos puede separar del humilde caminar con Él ni de la práctica de la justicia, como dice Miqueas.

La justicia, forma de la compasión y de la misericordia, amor a las víctimas, expresa lo más hondo de la realidad de Dios. Con esa fe en Dios Arrupe animaba a una lucha crucial de calidad y promovía una justicia de calidad. Esa calidad especial es lo que se encuentra en gente de fe, como en Monseñor. (...)

Un recuerdo final. En una de las conversaciones del año 1976, el Padre Arrupe me preguntó si no me importaba que él me leyera una poesía que había escrito a Jesucristo el día del Corpus. Me quedé impactado y en silencio. Después le dije que sí, por supuesto. No recuerdo lo que decía en aquella poesía. Lo que sí recuerdo hasta el día de hoy es lo que sentí por dentro: “este hombre ama de verdad a Jesucristo”. Eso es lo que nos quería comunicar por encima de cualquier otra cosa: el *sensus Christi*.

Ellacu, termino. Bien recuerdo aquellos tiempos. La fe tenía sabor a esta tierra, y la justicia recibía una calidad especial de lo alto. Fue el don de toda una generación, algunas personas más conocidas, otras menos. Al buscar parangón con el Padre Arrupe, mencionaste a “otro egregio testigo”, “otro mártir, Monseñor Oscar Arnulfo Romero, tan amigo del padre Arrupe y tan consolado por éste en sus difíciles viajes a Roma”.

De estos hombres, y de mujeres que tú conociste, Rufina, María Julia y María Eugenia, que este año se han reunido con ustedes, necesitamos hoy para humanizar este mundo nuestro. Con ellos y ellas sacaremos adelante Aparecida. Lo que esperamos de ustedes, y estos días especialmente del Padre Arrupe es un empujón en humanización.



Ignacio Ellacuría.



CUENTO UNICORNIO

ADOLFO MAZARIEGOS
Escritor y columnista Diario La Hora

Era una niña preciosa. Desenfadada. Tez brillante y cabello negro ensortijado. Cinco o seis años de edad, quizá. Sus ojos, brillantes y claros, parecían iluminar cada rincón y cada sitio por donde pasaba, con esa chispa de inocencia que sólo pueden dar los años párvulos y las almas felices.

Sus ocurrencias, tan únicas como inesperadas, eran como esa guinda roja que nunca puede faltar en un pastel.

Los padres, sin embargo, intercambiando miradas discretas de interrogación y asombro, empezaban

seriamente a preocuparse por aquello que no comprendían, pero que intuían como algo que fácilmente podría salirse de control: la niña, insistía en que cada noche, cuando la ciudad dormía y se sumergía en ese océano de sueños y estrellas fugaces, salía al jardín para jugar con un mítico unicornio blanco, brillante, que solía visitarla diariamente.

“Es muy dócil, y me permite subir a su lomo”, decía, “es hermoso”.

La madre, que amaba a su hija como a nada en el mundo, decidió velar el sueño de la niña una noche para indagar de qué iba el asunto. Una vez hubiera comprobado de qué se trataba aquello, podrían

tomar las decisiones pertinentes y adecuadas a las “fantasías” de la pequeña.

“Ha de ser sólo un sueño, mi niña, ya verás”, aseveró, mientras arropaba a su hija y acomodaba su menudo cuerpo junto al suyo, para acompañarla a recorrer esos caminos del mundo impredecible y lleno de historias que suele ser soñar.

A la mañana siguiente, al despertar junto a su hija, con una sonrisa llena de promesas y buenas intenciones, la madre saludó a la pequeña.

“¿Ya ves? Nadie vino” dijo, volviéndole a sonreír.

La niña, sin embargo, como quien no comprende lo que

le están diciendo, hace un puchero mientras la ve a los ojos, y echándose a llorar desconsoladamente, se deja caer en aquellos brazos amorosos como alas que la han cobijado desde siempre.

La madre no entiende lo que ocurre.

Sollozando, entonces, la niña de pronto dice:

“Mi unicornio ha muerto, mamá..., ¡lo han matado!”

Y, metiendo una mano pequeña y temblorosa bajo la almohada en la que acababa de despertar, saca un hermoso cuerno de unicornio, perfecto, brillante, aún tibio, ensangrentado.

Esa noche, como era de suponer, el unicornio ya no volvió.

POESÍA

ELDER EXVEDI MORALES MÉRIDA

Elder Exvedi Morales Mérida nació en Santa Ana Huista, Huehuetenango, el 4 de noviembre de 1976. Es Maestro de Música por la Escuela Nacional de Música de la ciudad de Guatemala; Maestro de Teatro por la Universidad Popular de Guatemala; Periodista por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Escritor, miembro de la Comunidad de Escritores de Guatemala. Miembro de la Red Nacional de Gestores Culturales. Director y fundador del grupo teatral “En Escena”. Realizó otros estudios como folklore, dramaturgia, composición musical. Ha actuado en varios filmes nacionales, entre ellos, El Brindis del Bohemio, con TV USAC. Autor de varios libros de poesía, narrativa, teatro y ensayo.

DÉCIMAS DEL BICENTENARIO

LOS AYCINENA

Por cierto, no me da pena,
desnudarles una verdad,
y digo con sinceridad:
que fueron los Aycinena,
padres de la anatema:
parieron la “independencia”,
y muchos, en su inocencia,
creen en esa mentira,
y civismo les inspira...
¡Faltos de luz y de ciencia!

LOS BATRES Y LOS PIÑOLES

Los Batres y los Piñoles
y los Aycinena también,
solo pensaron en su bien...
¡esencia de españoles,
enemigos de faroles!
planearon esta patraña,
semilla negra, cizaña...
y el pueblo sin libertad,
que vive en la oscuridad,
con facilidad se engaña.

LO APRENDÍ

Lo aprendí en la escuela,
en un viejo jacalito:
era yo un patojito,
era feliz en la aldea...
Le cuento para que vea:
Pobre, en mi inocencia
creí en la independencia,
fraude, noche y engaño,
mentira que hace daño
y lo grito con decencia.

LLEGÓ EL BICENTENARIO

Llegó el bicentenario,
añales ya de patrañas,
tantos siglos de cizañas...
y que valen un denario,
para un negro bancario.
Dos siglos de falsedades,
dos siglos de adversidades;
no hubo independencia,

y la clara evidencia:
todas las inequidades.

LA FARSA

La farsa aún resuena,
y el pueblo baboseado
aún sigue enredado
en la antigua cadena...
de indescriptible pena.
No hubo independencia,
deje ya su inocencia;
porque fue una mentira,
que vergüenza me inspira,
y se colmó mi paciencia.

INSULTO

Insulta la desnutrición,
y nos hablan de libertad;
nos humilla la oscuridad,
marchita está la ilusión.
Y nos hablan de redención
y el pueblo apendejado,
ingenuo, vituperado;
cree en la independencia,
¡me duele tu inocencia!
mi pueblo crucificado.

MI PUEBLO

Y mi pueblo explotado,
pueblo ingenuo y desnudo;
pueblo inocente, mudo,
que sigue crucificado,
que nunca fue liberado
cree en la independencia,
pueblo que en su inocencia
sonríe todos los días
sus sombrías alegrías,
y perdonen mi imprudencia...

¿EMANCIPACIÓN?

¿Emancipación de España?
Y me habla de libertad,
de sagrada felicidad,
¿Qué, no fue una patraña?
Duele ver que se engaña,

que en esa farsa mora,
que no llega la aurora,
a su anémica conciencia,
pues la tal independencia
de los mismos, fue una maña.

Y LAS GRANDES MAYORÍAS

Y las grandes mayorías
siguen en la misma esquina
donde la miseria mina,
y así, pasan sus días,
y sus noches negras, frías.
País libre somos, dicen,
y con sus actos maldicen;
hablan de soberanía,
de paz y de alegría,
cuando más noches predicen.

DOS CENTURIAS YA

Han pasado dos centurias,
ya muchas noches de llanto;
y yo te reclamo tanto
porque duelen tus penurias
e incontables lujurias.
Te tienen crucificada,
oprimida y violada;
¿y no que independiente?
Pobre, inclinas la frente,
silente, avergonzada.

Y PROLONGARON LA NOCHE

Y prolongaron la noche,
en realidad, seguiste peor,
no te hicieron ningún favor,
y disculpa mi reproche,
tu cinismo en derroche.
La criolla independencia,
no conoció la decencia;
se engordaron sus bolsillos,
falsos próceres y pillos,
ejemplo de delincuencia.

PIENSO EN LUCAS AGUILAR

Pienso en Lucas Aguilar,
en sus dulces sueños rotos;



dulces anhelos remotos,
en las lágrimas por gritar,
en las tristezas de la mar.
Y en esta Guatemala,
de los llantos, la antesala.
En Lucas Aguilar pienso,
en su patriotismo intenso,
por esta triste mengala.

ATANACIO TZUL, TE CANTO

Atanacio Tzul, te canto,
yo te honro, te encumbro;
y el alma me alumbro
aunque haya desencanto
e interminable llanto,
porque fuiste un adalid,
una lumbrera en la lid,
pero en nuestra historia
te escondieron la gloria;
te honro eterno adalid.

FILOSOFÍA

FEUERBACH

FILOSOFÍA DEL FUTURO

Ludwig Feuerbach (1804 - 1872), filósofo alemán del siglo XIX, es un gran crítico del idealismo de Hegel. Su trayectoria filosófica está marcada por su intento de fundar un materialismo de corte humanista, que se opondría fundamentalmente a las interpretaciones religiosas tradicionales del mundo. Las acusaciones de ateísmo motivaron su expulsión de la universidad y su retiro a la vida privada en el campo, donde escribió la mayor parte de su obra. Feuerbach inspiró profundamente a Karl Marx en su juventud, y llegó incluso a militar en el Partido Socialdemócrata alemán. El texto que presentamos expone bien el carácter humanista de su pensamiento, así como su intento de relativizar a la razón absoluta de los idealistas. ()*

** González Antonio. Introducción a la práctica de la filosofía. Texto de iniciación. UCA Editores. San Salvador, 2005.*



Lo real en su realidad y en su totalidad, el objeto de la nueva filosofía es también sólo el objeto para un ser real y total. Por eso la nueva filosofía tiene por principio de conocimiento y como objeto no el espíritu absoluto, es decir, abstracto; en una palabra, no la razón para sí, sino el ser real y total del hombre. Sólo el hombre es la realidad, y el sujeto es la razón. Piensa el hombre, no el Yo o la Razón. La nueva filosofía se apoya, pues, no en la divinidad o verdad de la razón por sí sola, sino en la divinidad o verdad del hombre total. O de otra manera: se apoya, sí, en la razón, más sobre la razón cuya esencia es el ser humano; se apoya, pues, no en

la razón sin ser, color, ni nombre, sino sobre la razón impregnada de la sangre del hombre. Por eso, donde la filosofía antigua decía: sólo lo racional es lo verdadero y lo real, la filosofía nueva dice al contrario: sólo lo humano es lo racional; el hombre es la norma de la razón.

O la unidad del pensamiento y del ser sólo tiene sentido y verdad si se concibe al hombre como el fundamento y sujeto de esa unidad. Sólo un ser real conoce cosas reales (...).

De esto resulta el siguiente imperativo categórico: que el filósofo no se separe del hombre; que sea solamente un hombre que piensa; que piense no como pensador, es decir,

en el interior de una facultad arrancada de la totalidad del real ser humano y aislada en sí; que piense como un ser viviente, real; como ese tú expuesto al oleaje vivificante y refrescante de lo sensible (...).

El filósofo idealista decía, o al menos pensaba de sí, en cuanto pensador, naturalmente, no en cuanto hombre: la verdad soy yo, de manera análoga a "El Estado soy yo" del monarca absoluto y a "El Ser soy yo" del Dios absoluto. El filósofo humano dice por el contrario: aún en el pensamiento, aún como filósofo: yo soy un hombre con los hombres.

(Tomado de la *Principios fundamentales de la filosofía del porvenir*, 1843)